

A QUEMARRR^{PA}



www.semananegra.org



GIJÓN, 12 de julio de 2019 • DIARIO DE LA SEMANA NEGRA • DECANO DE LA PRENSA NEGRA MUNDIAL • ÉPOCA XXXII • GRATUITO • Nº 8

LA BUENA SUERTE



Ayer, en la Carpa de la Palabra...

Por Alberto Arce



Autopublicadores.

Olga García Moreno habla de Gran Historia. Que es lo exactamente lo mismo que aquello a lo que suena si se lee en voz alta. Historia grande. Qúitense cualquier anteojo. Una manera de aproximarse al conocimiento. El modo en que algunos investigadores aúnan todo lo que conocemos de nuestro pasado. Para pensar nuestro lugar en el universo. Una aproximación al conocimiento desde el lugar de intersección de la historia del cosmos, la tierra, la vida y los seres humanos, su modo de relacionarse. Un compendio que busca unidad e integración para 13.800 millones de años de historia del universo en los que el ser humano actúa tan solo una mínima aparición marginal, tardía, tóxica.

Parte de procesos que suceden en distintas escalas espaciales y temporales, a lo largo de miles de millones de años. Placas tectónicas, cordilleras, creación de los océanos, planeta y minerales en las rocas, estructuras atómicas. De lo grande a lo pequeño en espacio y tiempo partiendo de la escala humana. Días, años, kilómetros proyectados a una totalidad ¿inabarcable? Hasta que deje de serlo. Para los científicos de la Gran Historia, al menos en gesto comienza a ser aprehensible. ¿Qué significa probabilidad para estos científicos?

El universo existe sobre su tendencia a la entropía, al caos y el desorden. Pero en ciertos momentos se rompe el caos y nace la complejidad, que no es más que el caos sometido a reglas. Reglas como puntos de inflexión, como goznes que explican que estemos aquí, hoy, ahora, nosotros. Algo que sólo se puede comprender desde la amplitud de miras si tratamos de aplicarlo a la interacción más compleja de la historia del universo que es la que mantenemos nosotros, los humanos entre nosotros, por ejemplo en esa red venenosa, Facebook, vista como un conjunto de relaciones cada vez más inexplicables, virus lobotomizador.

El término *Gran Historia* nació a finales de los años ochenta. Por ejemplo en Sidney. Un profesor de historia rusa que descubrió que para que sus

estudiantes comprendieran la historia tenía que ir cada vez más atrás en el tiempo. Del Big Bang a la revolución de octubre. Parece incluso evidente. No lo es. La familiaridad con la que se comprende no era evidente hasta que alguien la planteó como suele suceder en el ámbito de la ciencia. Hablamos de los Álvarez. Migrados a los Estados Unidos. Responsables de hacernos creer, demostrándonos, el impacto de un asteroide que extinguió a los dinosaurios. Un impacto del que naces tú, lector. De donde surge el planteamiento de otra idea, concepto y lugar, mínimos, como punto de partida alternativo a creacionismos varios.

García Moreno cuenta toda la historia del cosmos desde el río Nalón. Con la pequeña gran historia del Nalón, del carbono que queda en la cuenca minera asturiana entendemos la Gran Historia, a **José Ángel Fernández Villa** como secretario del Sindicato de la Minería Asturiana y sus acólitos en el contexto del Big Bang. Necesitábamos que alguien lo hiciera; que tratara de comprenderlo. Que el trabajo de algunos voluntarios motivara estudiantes para seguir perseverando en aras de un mejor conocimiento de la realidad que nos está tocando vivir. Sin mirar al pasado, y sin hacerlo con amplitud de miras, es imposible comprender el presente. Gracias, investigadoras. Gracias por plantearnos la complejidad que nos lastra. Lastra.

El universo se formó tras una explosión, una gran anomalía. La materia se separó de la energía y tras ese momento, un lugar y una historia sencillas se bifurcan hacia el caos. El enfoque de la Gran Historia es: se sumaron los ingredientes para cocinar el plato con la receta precisa. Partículas subatómicas que se juntan hasta formar cuerpos de tamaño importante, complejo y poderoso. Que aumentan a su vez el número de ingredientes y sus relaciones. Densas, desde el hidrógeno y el helio primigenios hasta la complejidad inextricable. Los organismos vivos evolucionan con lentitud y parsimonia hasta que aparecen contingencias, condiciones para que todo eso

suceda, que nos llevan de umbral a umbral. Son éstas: Ricitos de Oro llega a casa del osito y se encuentra una sopa que no es suya. Se la come. Y una cama cómoda. En ella se queda. Después llamó *Asturias* a esa casa. Planteados los umbrales necesarios para seguir adelante en el razonamiento, comienza el tiempo y el espacio que lleva a sociedad moderna. Todo el mundo lo puede entender, incluso si somos de letras. El aprendizaje colectivo del sistema, de este sistema concreto de umbrales, condiciones, sopas que comerse y camas en las que dormir, se convierte en lo que distingue a un grupo de personas, por ejemplo, las que viven en ese lugar, hoy, tras José Ángel Fernández Villa, de otras especies: las que no viven en Asturias y por tanto no han creído en nuevas monarquías del carbono. Compartir ese conocimiento a ritmo exponencial, por su urgencia, para que no se repita, nos define, por eso somos quienes somos. Pero ese aprendizaje colectivo no es el final de la historia. Una vez conocida la manera de avanzar podemos acumular tiempo para darle coco y acelerarlo todo aún más.

Vayamos a lo que proyecta todo eso hacia el futuro. Descubierta el modo de vincular todo el conocimiento adquirido, pongamos el ejemplo del modo de producción basado en la extracción de recursos finitos, todo aquello a lo que nos está llevando la explotación de combustibles fósiles (carbón, carbón) el calentamiento global (nos estamos calentando, nos está saliendo la mala ostia del miedo) sembramos la semilla de nuestro propio fin. De al menos el fin de un modo de ser nosotros. A golpes.

La Gran Historia está ahí. La hemos entendido todos ¿verdad? El futuro ofrece contingencias turbulentas. ¿Nos servirá de algo conocer la Gran Historia?

Hoy toca neologismo. El Antropoceno no es un concepto geológico (aún). Tratamos de ponernos de acuerdo para poder hablar de él. Se refiere al tiempo del ser humano en la tierra. ¿Somos nosotros como especie los que hemos hecho entrar al planeta en un nuevo tiempo geológico a través de nuestra intervención sobre el medioambiente? Lo somos. Quizás nos estamos pasando un pelín. Creando impactos que quizás van demasiado rápido y llegan demasiado dentro. A la profundidad de una mina. ¿Quién se metería en una mina hoy? El planeta se va a salvar solo. Al planeta le va a importar un pimiento lo que hagamos. Somos nosotros los que podemos desaparecer. ¿Fue con el inicio de la agricultura o de la revolución industrial con lo que se marcó una señal para que los geólogos del futuro identifiquen el principio del fin? Parece que estamos llegando a un acuerdo. Hubo un día que lanzamos bombas atómicas. Sin marcha atrás. Toda la posguerra europea. Todo nuestro bienestar, en la forma en que nos llegue la prejubilación es el principio de nuestro propio fin.

Una vez puestos en interrogantes asesinos, **Alfonso Mateo-Sagasta** presentó un volumen insólito. Fascinante. El tan televisivo pero ajeno mundo del tiburón (*tiburón*, palabra amerindia que no se incorpora al español hasta el siglo XVI. El *pez perro* de los cronistas de Indias se convierte en tiburón en aquellos viajes). Hemos aprendido a tener pavor a los tiburones. Sin causa. Quizás hemos tenido miedo al monstruo equivocado porque teníamos en casa a quien nos devoraría y todo lo vivido no ha sido más que una maniobra de distracción y confusión (miren a su alrededor, ¿dónde está el tiburón?). Tras treinta años buceando, el autor no había encontrado ni el porqué ni el para qué de escribir sobre tiburones hasta que conoció a **Karlos Simón**, que lo hace profesionalmente, organiza, instruye y vive en una conversación amenisima sobre los tiburones. Tanto que merecen libro. «Pero yo no escribo», dijo Simón. No te preocupes que yo la hago yo, dijo Mateo-Sagasta. Que para eso había detectado una biografía humana desde la que despegar hacia la bibliografía universal sobre los tiburones, una referencia histórica de cualquier buen lector, de un lector que se describe incluso lector pedante. La tesis del libro es que los tiburones no son peligrosos. No somos alimento del tiburón. Como cualquier animal salvaje te puede dar un disgusto, incluso matar. Claro. Pero en Estados Unidos mueren tres veces más personas por contacto con vaca que por contacto de tiburón. ¿Cuántos paisanos han muerto ordeñando una vaca en Teverga? Por no hablar de los miles de muertos del genocidio provocado por los mosquitos. Nuestra idea de los tiburones como bestias no arranca de una novela y película de los años ochenta que lograron asustar a gran parte de la población mundial. Hollywood manda. El pavor comenzó a extenderse mucho antes; **Zane Grey**, pescador y escritor, también, de masas, desde el oeste, enfadado porque los tiburones le arrebatan sus

peces, lanzó también parte de las andanadas. **Collodi** en *Pinocho* empujó. No, a Pinocho no se lo come una ballena sino un pez perro, un tiburón. Ese miedo de las infancias va montándose capa a capa hasta construir la bestia por antonomasia. Se supone que los tiburones no atacan por error. Que nos confunden. No somos su plato. No van a cazarnos. ¿Olisquear el miedo? ¿Buscar la carne humana? No. No. No. No es cierto. Al tiburón le gustan el besugo y el pulpo, ¿a quien no? Pérdida de tiempo. Cuántas. A pesar de la tesis inicial de que los tiburones no nos comen, hay que seguir dando charlas a instructores cada vez que se produce un ataque mortal a un buceador. Cuenta Mateo-Sagasta una anécdota de la isla del coco. Tras una primera muerte, un tiburón hembra comenzó a rondar al resto de los buceadores y surgió la duda. Se acercaba, acosaba, se mantenía en distancia de ataque. Aleta baja, dorso encorvado. Lo tenía todo. El pincho de hierro, listo para espantar. ¿Qué pasó? ¿Habrás descubierto esa hembra que somos comida? Peor. Invitó a un macho joven a rondar. ¿Estaba enseñando que somos comida? No sabemos. ¿Se enseñan entre ellos? ¿Tienen cultura los tiburones? Nosotros estamos matando millones de tiburones al año por las aletas. Nosotros sí tenemos cultura. La de matar. ¿Es correcto aportar matices prosopopéyicos a los tiburones? ¿Humanizarlos? De aquellos barros, estos lodos. Si hacemos daño, nos hacen daño. No, el tiburón no es un terrorista. Es un mamífero que ejercita la autodefensa.

Ha sucedido. Un día, una buceadora comenzó a acariciar el morro del tiburón y el animal se quedó quieto. Inmóvil. Tras años y años y años buceando en el mismo lugar con los mismos tiburones ha generado una relación con ellos. Una relación de autoayuda. De cuidados. Por ejemplo, quitándoles los anzuelos que se les quedan clavados. ¿Conocen los tiburones a un ser humano? ¿Es eso posible? Es posible.



José Ramón Alarcón y Alfonso Mateo-Sagasta.

ASOCIACIÓN SEMANA NEGRA

Presidenta: *Susana Quirós*

Director del Comité Organizador: *José Luis Paraja*

A QUEMARROPA

Edición y diseño gráfico: *Ángel de la Calle*

Dirección: *Pablo Batalla Cueto*

Preimpresión: *Morilla Fotocomposición*
Imprenta: *Imprenta Mercantil*

Redacción: *Jesús Palacios*

Alberto Arce

Miguel Ángel Fernández

Juan Manuel Santiago

Fotografía: *José Luis Morilla*

D.L. A-2.391/2000

SEGUIMOS TRANSGREDIENDO

Se siguió transgrediendo ayer en la Carpa del Encuentro, que comenzó la jornada acogiendo la tercera ponencia de la serie «Transgresoras», que pasa revista a una serie de grandes mujeres de la historia. Si hace unos días **Berna González Harbour** nos adentraba en la novela *Jane Eyre*, y más tarde **María José Capellán** abordaba la figura de **Rosa Luxemburgo**, ayer se dio un gran salto hacia atrás en el tiempo para descubrirle al público a **Gontrodo Petri**, amante del rey **Alfonso VII de León**, madre de la reina **Urraca la Asturiana** y reina consorte de Pamplona, pero sobre todo una mujer fascinante que, en una época en la que no era habitual ni siquiera entre los hombres, sabía dibujar, leer y escribir y también jugar un papel activo en el entramado político de su época.

La encargada de ilustrar al respetable sobre esta mujer excepcional fue **Pilar Sánchez Vicente**, que noveló su vida hace ya unos cuantos años —2005— convirtiéndola en un libro titulado *Gontrodo, hija de la luna*. Han pasado casi catorce, y Sánchez Vicente le explicó al público reunido en la Carpa del Encuentro que hoy probablemente hubiera escrito aquella novela



de otra manera. ¿La razón? Hela aquí: «Escribí la novela sobre un personaje del que pensaba que era realmente especial, pero los descubrimientos arqueológicos y documentales avanzan, y una acaba concluyendo que había muchas Gontrodos; muchas más mujeres sabias, poderosas y cultas».

Recientemente —ilustró Sánchez Vicente— se ha hallado por ejemplo lapislázuli, una piedra preciosa de enorme valor, incrustado en la placa dental calcificada de una mujer enterrada hace más de novecientos años en

un monasterio alemán. El hallazgo ha revelado que la elaboración de manuscritos iluminados (obras creadas para ser utilizadas por los miembros de las instituciones religiosas y la nobleza, caracterizados por estar acompañados de bordes, miniaturas y letras capitales embellecidas con pinturas y pigmentos lujosos) no era exclusivamente, como se creía hasta ahora, tarea masculina, sino que también involucraba activamente a mujeres. Y hay más descubrimientos del mismo tipo: yacimientos, por ejemplo, en los que una tribu ente-

ra, hombres y mujeres, perecida como resultado de un corrimiento de tierras aparece en faena de cazar un mamut.

«La imagen tradicional que todos tenemos en la cabeza es la de los hombres cazando y las mujeres en la cueva, pero no tenía por qué ser así», explicó la historiadora y archivera, a juicio de la cual la Edad Media es una época injustamente estigmatizada como oscura. «Nuestro hundimiento vino con el Renacimiento», manifestó ayer Sánchez Vicente, y lo ilustró así: «Si yo os preguntara ahora mismo qué

opináis de la caza de brujas, diríais con toda seguridad que es algo medieval, y sin embargo es de la Edad Moderna. Lo que marca el hito de tales cazas es el *Malleus Maleficarum*, que es de finales del siglo XV; y **Caro Baroja** sitúa toda la brujería vasca en los siglos XVI y XVII».

En la novela de Sánchez Vicente se alude no sólo a Gontrodo, sino también a otras mujeres fascinantes de la misma época y en particular a **Sancha Fernández de Castro**, que la reemplazó como concubina preferida del rey. Como Gontrodo, Sancha era una mujer brillante que terminó gobernando *de facto* el reino. «Los hombres —explicó Sánchez Vicente— estaban todo el día guerreando, pegándose unos con otros y sometiendo a tal o cual conde levantino, y eran las mujeres las que al final atendían realmente la hacienda; las que se ocupaban del ganado, de los siervos, de recoger la manzana, etcétera, y también de transmitir costumbres, leyendas y tradiciones».

Con esta charla no se termina aún la serie *Transgresoras*, que aún nos ha de ilustrar acerca de las intelectuales norteamericanas **Kate Millet** y **Shulamith Firestone**. ¡Permanezcan atent@!

Grandes historias



Un pícaro austriaco que llega a España perseguido la especie de que ha descubierto una gasolina milagrosa y muy barata elaborada a partir de agua y distintas hierbas. Que tima (porque, espóiler, la cosa era un timo) a los incautos a los que aborda añadiendo a la lista de ingredientes de la cosa alguno que despierte especialmente su interés: a un agricultor valenciano le explica que la mezcla lleva también zumo de naranja; a unas señoras, que hay que hervir la mezcla al baño maría para que funcione. Que llega a presentarle el invento al mismísimo **Franco**, a quien deslumbra con la posibilidad de que, comercializando aquel invento revolucionario, la España autárquica se haga millonaria y adelante rápidamente a todas las grandes potencias. Que es creído no sólo por el Caudillo, sino también por **Carmen Polo** y toda la corte de militarotes de escasas luces que gobierna aquella España. Que termina siendo desmascarado y conducido a prisión por estafar al Estado (aunque Franco lo sigue creyendo hasta el final); pero que —puesto que la cosa hubiera sido un bochorno para un Gobierno que se presentaba, son los años cuarenta, como ungido por la gracia de Dios— nunca llega a ser juzgado, y pasa varios años entre rejas sin haber cometido oficialmente ningún delito.

Tal es la premisa de *Filek: el estafador que engañó a Franco*, la última novela de **Ignacio Martínez de Pisón**, viejo conocido de la Semana Negra (ganó el Walsh en 2008 por *Enterrar a los muertos*, un ensayo sobre el caso de José Robles, víctima de la persecución de los servicios secretos soviéticos durante la guerra civil), que ayer presentó esta nueva obra al público congregado en la Carpa del Encuentro acompañado por **Juan Bolea**. *Filek* era el apellido del pícaro en cuestión, un hombre —se dijo ayer— «de recursos, seductor, de mundo, inteligente, diabólico, muy oscuro», y la historia fue totalmente real. Martínez de Pisón la descubrió en una pequeña nota incluida por el historiador británico **Paul Preston** en su famosa y voluminosa biografía de Franco. La cosa despertó su curiosidad y decidió buscar más información, pero apenas si la encontró en un primer momento. Se lanzó entonces a un rastreo más minucioso por archivos y hemerotecas de media docena de países, y el resultado es esta novela que abunda en —dijo Bolea— «la atracción incontrolable» de este escritor hacia los pícaros.

En la novela —se explicó ayer— hay mucho humor, pero también el propósito de arrojar luz sobre aquella primera España franquista y la tremebunda y esperpéntica mediocridad de sus diri-

gentes, caídos burdamente en la trampa de un hombre que, cuando llegó a España —y llegó ya en 1931—, traía ya un largo historial delictivo a sus espaldas como estafador y ladrón de joyas en Centroeuropa y Francia. Explica Martínez de Pisón en la novela que «era todavía la época dorada de los grandes inventores. Estaba aún vigente el mito del científico genial como **Edison**, **Bell** o **Marconi**» y que una España ansiosa por encontrar al *deus ex machina* que la sacara de su marasmo histórico y acriticamente fascinada con todo lo que venía de Europa cayó como el pichón proverbial en la trampa de este fascinante vividor.

La presentación de *Filek* fue la segunda actividad de ayer en la Carpa del Encuentro, que seguidamente pasó a acoger la de *Morir no es lo que más duele*, de **Inés Plana**: una novela negra que comienza cuando un hombre aparece ahorcado en un pinar a las afueras de Madrid, con los ojos arrancados de cuajo y, en sus bolsillos, un papel con el nombre y la dirección de una mujer, Sara Azcárraga, que vive a pocos kilómetros del escenario del crimen. Nos dice la sinopsis del libro que «frágil, solitaria, bebedora de vodka en soledad, Sara rehúye cualquier contacto con las personas y trabaja desde casa. El teniente de la Guardia Civil Julián Tresser se hace cargo del caso, asistido por el joven cabo Coira, que se enfrenta por vez primera a una investigación criminal, una investigación difícil, sin apenas pistas, con demasiados enigmas. A medida que el teniente Tresser avanza en sus indagaciones, descubrirá unos hechos que darán un trágico vuelco a su existencia y le conducirán a un viaje a los infiernos que marcará su vida para siempre».

La imagen del hombre ahorcado lleva acompañando a Plana desde hace años; concretamente, desde una ocasión en que la escritora vio a uno a través de la ventana de un tren. «La imagen me impactó durante meses y meses: es duro ver una muerte tal cual en lugar de imaginársela a través de un libro», explicó ayer a **Marta Robles**, que la había presentado. Plana escribió su novela con varios propósitos y, entre ellos, ofrecer una determinada imagen de la Guardia Civil. «Es un cuerpo que me atrae mucho por sus relaciones jerárquicas y por su naturaleza militar, que lo hace distinto de la Policía, pero yo quería perseguir a los guardias civiles hasta sus casas y ver qué pasa cuando se cierra la puerta; cómo son sus vidas y sus deseos e inquietudes; cómo

son sus ganas de progresar y avanzar dentro de esa relación de obediencia ciega, de abnegación, de espíritu de sacrificio que a veces parece un poco sobrenatural», explicó.

Quería también Plana —que, como señaló Robles, hace sufrir mucho a las mujeres de su novela— plasmar una cierta inquietud que ella tiene con respecto a la violencia de género. Explicó ayer la autora barbastrense que «nunca se nos cuenta lo que les queda a las mujeres maltratadas a lo largo de su vida; la cicatriz indeleble que arrastran toda su vida». Señaló Plana para ilustrar qué profundidad pueden alcanzar esas cicatrices que las personas ya tardan muchísimo en recuperarse de las secuelas psíquicas de un accidente de tráfico, lo que da la medida de lo que puede significar en ese sentido una historia de maltrato machista sostenido en el tiempo.

A Plana la sucedió en el uso de la Carpa del Encuentro **Cristina Higuera**, que vino a presentarnos *El error de Clara Ulman*, un thriller turbador cuyo protagonista transgrede todas las normas para adaptar el mundo a sus principios y que se hace la pregunta de dónde ha de trazarse la frontera ética de la investigación médico-científica. Y luego fue el turno de **Neus Roig**, que ha venido a Gijón a presentar el libro al cual aludía ayer un largo artículo, escrito por la propia Roig, publicado en las páginas centrales de *A Quemarropa*: *No llores que vas a ser feliz. El tráfico de bebés en España: de la represión al negocio (1938-1996)*. Se trata de una de las investigaciones más detalladas y escalofriantes de la historia reciente de España: Roig, antropóloga, desgrana en ella el drama de las familias que fueron víctimas del robo de sus hijos durante el franquismo y los primeros años de la democracia.

Seguidamente recibimos a **Ángel Sucasas**, que presentó *El juego de Zhara*, una novela que pone en escena a una chica de Kansas que aprende a disparar latas vacías con un revólver a los cinco años y que, en un tren de Chicago a San Francisco para participar en el concurso más emocionante de creadores de videojuegos, conoce a Amaro, un chico gallego que siempre ha tenido la sensación de estar perdiéndose algo, y a Zhara, una joven islámica que conmueve, perturba e inquieta con cada una de sus pequeñas obras de arte interactivas.

Como ven, grandes historias las que, convertidas en novelas deliciosas, se presentan cada día en la Semana Negra.

Philip K. Dick

El beatnik que escribió

JUAN MANUEL



Philip K. Dick está vivo y nosotros estamos muertos. Su cuerpo falleció en 1982, a la edad de 53 años, pero su obra y su legado están hoy más vigentes que nunca. Por eso resulta tan oportuno el homenaje que la Semana Negra le rinde en esta edición de 2019, justo el año en el que está ambientada *Blade Runner*, la adaptación cinematográfica más recordada de su obra. El 1 de enero de 2020, *Blade Runner* se habrá convertido en una película retrofuturista, *vintage* incluso: ya no nos parecerá un filme sobre nuestro futuro intersubjetivo, sino sobre un posible futuro que ya sabremos que no pudo ser. Y será un buen momento para que hablemos menos de *Blade Runner* (no me malinterpreten: es mi película favorita) y más de su fuente de inspiración: la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, a la que la *Blade Runner 2049* de Denis Villeneuve es más fiel que la cinta de Ridley Scott.

Es bueno escribir acerca de Philip K. Dick cada cierto tiempo, porque siempre tienes algo diferente que contar, un enfoque distinto sobre el que centrar tu artículo. Hablar de Philip K. Dick en 2019 ya no es (sólo) hablar de una biografía alucinante indiscernible de una obra irregular pero necesaria para entender la mentalidad del cambio de milenio, ni de su tremenda influencia sobre la literatura, la cultura y la vida cotidiana del mundo actual, sino (también) de cómo este se parece cada vez más a los sueños desquiciados del autor o de sus personajes. Nuestro mundo ya no se nos antoja esa distopía resultante de la fijación enfermiza de Dick con Richard Nixon, su némesis desde la época en que fue gobernador de California y bestia negra de la incipiente contracultura del Área de la Bahía de San Francisco, sino más bien una trama enloquecida de los que cierto sector de la crítica da en llamar (de manera tan condescendiente como errónea) «Dick menores». Porque los Dick menores no existen: tan sólo hay Dick más o menos trabajados, más o menos coherentes. Los pequeños detalles aparentemente banales que atesoraba en sus novelas al igual que el J. R. Isidore de *¿Sueñan los androides...?* acumulaba su *kipple* o morralla se han convertido en parte de nuestro día a día. El cambio climático que hace tan agobiante *Los tres estigmas de Palmer Eldritch* podría parecer un detalle decorativo en 1964, pero en 2019 es una realidad incontestable. Los simulacros de Abraham Lincoln que aparecen en *Podemos fabricarte* ya no se nos antojan un tierno homenaje a los autómatas de la exposición Futurama que se celebró en 1939 en Nueva York, sino que casi, casi parecen el código fuente de ese replicante sin aparente fecha de caducidad que es Donald Trump. Los taxis robóticos de «Un regalo para Pat» resultan indistinguibles de los planes de Uber para desarrollar taxis aéreos a comienzos de la próxima década. El sector militar y de seguridad está experimentando con uniformes indetectables y virtualmente invisibles, sospechosamente parecidos al famoso mon traje mezclador de *Una mirada a la oscuridad*. ¿Qué hemos hecho mal como sociedad para que el mundo actual parezca sacado de los momentos más desquiciados de una novela del Philip K. Dick anfetamínico de los años sesenta o de los falsos noticiarios de las películas de Paul Verhoeven de finales del siglo pasado?

Más aún: ¿cómo hemos llegado a todo esto? ¿Qué hizo de Philip K. Dick el icono de la cultura popular que es hoy en día? En primer lugar, su vida. Nacido en diciembre de 1928 en Chicago, hi-

jo de Joseph Edgar Dick, un funcionario del Departamento de Agricultura, y de Dorothy G. Kindred, estuvo a punto de morir de hambre debido a unos cuidados paternos y maternos que siendo piadosos podríamos considerar deficientes. Su hermana melliza, Jane, corrió peor suerte que él y falleció con apenas un mes de edad. En su lápida se grabó también el nombre del pequeño Phil; claro está, con la fecha de óbito sin rellenar. ¿Cómo no te va a marcar la visión de tu propia tumba durante más de medio siglo, cómo no vas a estar obsesionado con la muerte? Poco después, Dorothy obtuvo el divorcio y se mudó a California con su ya único hijo.

Phil creció como un individuo poco sociable (pasó desapercibido para una ilustre compañera de instituto, Ursula K. Le Guin, que más tarde lo admiró hasta el punto de urdir la mejor novela dickiana no escrita por Dick, *La rueda del cielo*), que prefería leer revistas *pulp* y escuchar música clásica. Tal vez no habría pasado de ser un modesto vendedor de discos de ópera de no haber sido por su vocación literaria, que se tradujo en que, a lo largo de los años cincuenta, escribió un centenar de relatos, muchos de ellos canibalizados (en el sentido chandleriano) en sus novelas posteriores, que forjaron su estilo inconfundible y le granjearon un nombre en las revistas de la época. Pero publicar relatos cortos en *The Magazine of Fantasy of Science Fiction* o *Galaxy* apenas daba para comer, por lo que comenzó a escribir novelas de literatura general. Todas fueron rechazadas, y Dick, que en el fondo siempre se sintió como un miembro más del ambiente contracultural de la California *beatnik*, claudicó para dedicarse en exclusiva a la ciencia ficción. Tampoco es que esa reorientación lo sacara de la sempiterna amenaza de ruina: casi siempre pasó estrecheces económicas, hasta el punto de que Robert A. Heinlein le remitió en cierta ocasión un cheque para que se comprase una máquina de escribir eléctrica. Las decepciones iban de la mano de su cada vez más turbulenta vida personal. Dick se casó en cinco ocasiones, tuvo tres hijos, no demasiadas aventuras extramatrimoniales (se definía a sí mismo como «monógamo secuencial») y sólo encontró algo parecido a la estabilidad emocional con la tercera de sus mujeres, Anne Rubinstein, quien lo define en su ensayo autobiográfico *The Search of Philip K. Dick* como un estupendo padre adoptivo para sus tres hijas, a quienes les cocinaba pasteles y les dedicaba cuentos infantiles, pero que la abandonó en diecisiete ocasiones y nunca le explicó el verdadero motivo de su separación definitiva. Emmanuel Carrère menciona en su estupenda aunque tal vez demasiado creativa biografía de Dick, *Yo estoy vivo y vosotros estáis muertos*, cómo le hacía luz de gas a su segunda esposa, Kleo Apostolides, con quien no obstante se conchabó para sacar de quicio a los agentes del FBI que los investigaban por las supuestas actividades antiamericanas de ella.

Es esta una anécdota deliciosa, sin duda, muy dickiana en el sentido en el que la caza de brujas del macartismo influyó en novelas como *Tiempo desarticulado*, aunque hay otra, mucho más desagradable y menos favorecedora para la imagen del autor de culto, pero más significativa en mi opinión, que refiere Anne en el documental *The penultimate truth about Philip K. Dick*, de 2007. Ella trabajaba como orfebre y él empezó a colaborar con el negocio familiar, por lo que, por prime-

ra vez en muchos años, vivía con cierta holgura económica. Ello le permitió escribir una de sus novelas más recordadas, *El hombre en el castillo* (1964), que le supuso el premio Hugo y su salto definitivo a la primera división del género fantástico. Pues bien, Anne contaba que habían pasado una luna de miel estupenda y el matrimonio transcurría con una placidez extraordinaria hasta que leyó el manuscrito de *Confesiones de un artista de mierda* (que había escrito nada más regresar de la luna de miel, pero permaneció inédita hasta 1975) y descubrió horrorizada cómo la mujer del protagonista, una de sus habituales mujeres destructivas y controladoras, vestía y hablaba exactamente igual que ella. Como es lógico, no daba crédito.

Lo cual nos lleva a hablar del eje central de la vida de Dick: la enfermedad mental. Se ha escrito mucho sobre este asunto, que él mismo supo explotar como imagen de marca personal (se le atribuye la famosa sentencia «el que seas paranoico no quiere decir que no te persigan»), aunque existe cierto consenso en darle la razón a Pablo Capanna, quien en su biografía *Idios kosmos* diagnosticó a Dick como un esquizofrénico paranoico. El trastorno se manifestó en la primera de sus crisis nerviosas cuando tenía diecisiete años (gracias a la cual descubrió la obra de Carl Gustav Jung), dio un salto cualitativo en los años cincuenta a raíz de la vigilancia a la que el FBI lo sometió para comprobar si su esposa Kleo era comunista, se acentuó durante la década siguiente debido al consumo creciente de drogas (anfetaminas para rendir más en el trabajo, como atestiguan las cuatro novelas que escribió en 1964; marihuana y LSD, como casi todo su entorno *hippie*, y antipsicóticos por prescripción facultativa) y alcanzó un punto de casi no retorno durante los primeros años setenta. En 1972 intentó suicidarse tras la desquiciada conferencia que impartió en la convención mundial de Vancouver y se pasó varias semanas ingresado en una clínica de desintoxicación y recuperándose de una pancreatitis aguda. Descubrió el gnosticismo y desarrolló la fantasía, nacida durante uno de sus viajes ácidos, de que aún vivía en un Imperio romano que existía en paralelo al mundo que consideramos real; tan solo había que rasgar el velo de la realidad para discernir entre el *koinos kosmos* (realidad objetiva) y el *idios kosmos* (realidad subjetiva). El 3 de febrero de 1974 experimentó la epifanía definitiva que le cambió la vida y lo convirtió en el icono *pop* que es. Indispuesto tras la extracción de una muela del juicio, encargó a la farmacia una dosis de pentotal sódico para sobrellevar los dolores. La farmacéutica llamó a su puerta y, cuando él se fijó en el colgante que llevaba ella, un pez dorado similar al que llevaban los primeros cristianos, llegó la anamnesis; es decir, comprendió que sus fantasías lisérgicas eran reales y «recordó» que «el Imperio [romano]» nunca tuvo fin.

Robert Crumb escribió y dibujó un estupendo cómic que ilustra este episodio, «La experiencia religiosa de Philip K.», y el propio autor hizo de este el motivo central de sus últimas obras, comenzando por *Valis* y concluyendo con la *Exégesis*, una monumental colección de varios miles de anotaciones, desvarios en su mayor parte, en las que desarrolla su filosofía gnóstica y nos habla de otras realidades. El Dick de los años setenta se ha desenganchado de las drogas, proceso que aborda la estremecedora *Una mirada a la oscuridad*, pe-

K. Dick

La novela de desamor

EL SANTIAGO

ro ha perdido el norte de manera definitiva. Alterna los episodios psicóticos con la provocación pura y dura. Gracias a uno de los primeros se le detectó una hernia inguinal a su hijo Christopher: siempre sostuvo que se lo comunicó un rayo de luz rosa. En cuanto a la segunda, fue especialmente comentada su conferencia «Si encuentran ustedes este mundo malo, deberían ver algunos de los otros», que pronunció en la convención de ciencia ficción de Metz en 1977. Se acerca cada vez más al entorno de la *New Age* californiana (como atestigua su novela póstuma, *La transmigración de Timothy Archer*), a la par que se distancia del llamado Grupo de California, su círculo de amigos y vecinos escritores de ciencia ficción; entre ellos, **James Blaylock**, **K. W. Jeter** y **Tim Powers** (de cuya novela *Las puertas de Anubis* se rumorea que escribió una página, a modo de divertimento). Sus polémicas con **Joanna Russ**, Ursula K. Le Guin y, sobre todo, **Stanislaw Lem** (a quien acusó de ser un espía del KGB) son cada vez más truculentas y descabelladas. Si bien su economía no levanta cabeza, la fama mundial le llega en forma de adaptación al cine de la novela *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?* por parte de Ridley Scott. Se mostró muy ilusionado por los escasos minutos de metraje que pudo ver de *Blade Runner*, aunque no vivió para verla estrenada: una sucesión de derrames cerebrales acabó con su vida el 2 de marzo de 1982.

Una vida apasionante como la de Philip K. Dick ayuda a fomentar un mito, pero no lo explica en su totalidad.

Tenemos que hablar, pues, de un segundo factor: la obra de Dick. Por pura comodidad, y porque Dick es uno y trino, los expertos damos por buena la periodización establecida por **Gregg Rickman** y hablamos de tres etapas muy bien delimitadas.

La primera es la etapa política, que, *grosso modo*, abarca los años cincuenta. En ella tenemos cerca de un centenar de cuentos (cuatro de los cinco volúmenes de los que constan sus *Cuentos completos*), novelas primerizas como *Lotería solar*, otras más interesantes como *Ojo en el cielo* y obras maestras como *Tiempo desarticulado*. En ella se prefiguran los temas principales de la obra fantástica de Dick. Se la consideraba poco menos que el preámbulo de lo que vino después, pero la puesta en valor reciente de sus novelas de literatura general ha obligado a la crítica a replantearse muchos de sus apriorismos. Parece que Dick reaprovechó ideas de estas novelas en las obras fantásticas de su primera etapa, y nadie que haya leído *Confesiones de un artista de mierda*, *Ir tirando* o *Mary y el gigante* (por mencionar las traducidas al español) podría considerarlas unos Dick menores. Uno de los retos editoriales que habría que acometer tarde o temprano es una edición sistemática en español de estas novelas de literatura general o, como Dick prefería llamarlas, *experimentales*. Otro, traducirlas en condiciones: una de las noticias editoriales de este año 2019 es la nueva adaptación al español que **Juan Pascual** ha realizado de *El mundo que Jones creó*: nada, pero que nada que ver con la ilegible traducción anterior, aparecida como *El mundo doblado* en la mítica pero rematadamente cutre editorial Cénit. Por rizar el rizo, tal vez no haya Dick menores, sino Dick muy, muy, pero que muy mal traducidos.

La segunda es la etapa metafísica, que cubre los años sesenta. Se inaugura a lo grande con *El hombre en el castillo*, su único premio Hugo y tal vez la ucronía más famosa de todos los tiempos. Se nota, para bien, que es una novela escrita con mimo, con tiempo y con una actitud muy zen, sobre todo si la comparamos con la vorágine que se desatará tras la ruptura del matrimonio con Anne: en solo dos años, 1963 y 1964, Dick escribió once novelas, algunas de ellas tan emblemáticas como *Clanes de la luna Alfana* o *Los tres estigmas de Palmer Eldritch*, cuya fuerte carga religiosa llamó la atención de un **John Lennon** que se planteó llevarla al cine. Mediada ya la década, Dick bajó el ritmo; así, en 1966 *sólo* escribió tres novelas: *¿Sueñan los androides con ovejas eléctricas?*, cuya reciente traducción por parte de **Julián Díez** le confiere nuevos matices (igual que a *Gestarescala*, otro de los Dick supuestamente infumables que, sorpresa, ahora que tiene una traducción digna funciona mejor que bien); *Nick y el Glimmung*, su única novela juvenil, cuya edición se demoró veinte años en inglés y casi cincuenta en español (con otra magnífica traducción de Juan Pascual), y *Ubik*, una de sus novelas más conocidas y tal vez la quintaesencia de la narrativa dickiana. Esta etapa concluye con *Fluyan mis lágrimas, dijo el policía*, que obtuvo el premio **John W. Campbell** y muy bien podría ser su novela más amarga...

... si no fuera por *Una mirada a la oscuridad*, la obra que inaugura la etapa mesiánica de Philip K. Dick y en la que aborda directamente sus adicciones; resulta conmovedor el epílogo, un listado de todos los amigos de Phil (incluyéndose a sí mismo) dañados o fallecidos por culpa de los abusos con las drogas. Dejó en el cajón *Radio Libre Albe-mut*, su primer intento de plasmar la teofanía de 1974, un anticipo de *Valis* aparecido de manera póstuma. ¿Por qué descartó su publicación? Es una buena pregunta, ya que se trata de una estúpida novela, pero el tono distópico, muy centrado en los mecanismos dictatoriales de Richard Nixon, se aparta un tanto de la preocupación central de Dick por relatar su experiencia religiosa. Por este motivo la reescribió de arriba abajo. El resultado es *Valis*, otra de sus novelas indispensables, acaso la más árida para un lector primerizo. Con ella comienza una trilogía completada por *La invasión divina* y *La transmigración de Timothy Archer*, aparecida de manera póstuma y cuya preocupación por los textos gnósticos hace presagiar un giro temático hacia el esoterismo puro y duro. Nos quedaremos sin saber en qué se habría materializado ese giro temático, si Dick se habría dejado abducir por alguna de las muchas sectas *New Age* que proliferaban en la California de la época, incluso si habría encabezado alguna de ellas, como hizo **L. Ron Hubbard**, o si tal vez habría seguido practicando la ciencia ficción más tradicional. Lo poco que ha trascendido de *The owl in daylight*, la novela en la que estaba trabajando cuando lo sorprendió la muerte, arroja escasísimas pistas al respecto. En todo caso, permite entrever que el Dick escritor estaba a punto de meterse en un callejón sin salida por culpa de Phil el exdrugadicto psicótico. La disociación entre Amacaballo Fat y Phil Dick, el (los) protagonista(s) de *Valis*, parecía mucho más que el argumento para una novela semiautobiográfica de catarsis interior. Sería de gran utilidad al respecto que Minotauro publicase esa edición española de la *Exégesis* que lleva unos diez años anunciando.

Todo esto nos lleva a ese culto dickiano, mitad posmodernismo *pop* y mitad religión, que se ha traducido en cómics como el ya citado de Robert Crumb o el universo *Fanhunter* de **Cels Piñol**, novelas y relatos de **Michael Bishop** (como *La ascensión secreta* o «Tomate errante»), en el que Dick despierta convertido en un tomate del tamaño de un planeta), **Paul McAuley** o **Paula Ruggeri**; obras de teatro (de **Brian W. Aldiss**) e incluso un proyecto cinematográfico de *biopic* protagonizada por **Paul Giamatti** del que nunca más se supo. El adjetivo *dickiano* es una de las grandes aportaciones de la ciencia-ficción a la cultura general de este cambio de milenio. Dick es sólo la figura más notable (acaso por sus circunstancias personales, o tal vez por ser un reflejo perfecto de las inseguridades del ciudadano medio con respecto a una realidad que se tambalea, un *esto no me puede estar pasando a mí* elevado a la categoría de filosofía de vida) de una pléyade de iconos *pop* surgidos en las páginas de las revistas de ciencia-ficción que, por una serie de motivos, se han convertido en el *mainstream* del siglo XXI, casi todos ellos con carácter póstumo. Apenas reconocidos en vida, o reivindicados solo por y para las minorías, estos autores que describieron la vida cotidiana del siglo XXI en las revistas frikis del siglo XX son ahora el nuevo canon: Dick, **Ballard**, **Lem**, **Bradbury**, **Vonnegut**, **Le Guin**, los hermanos **Strugatski**... Lo dickiano se ha popularizado hasta el punto de referirse a toda aquella situación, ficticia o no, en la que ya no sabemos si nuestra realidad es un engaño. Las adaptaciones de Philip K. Dick al cine (*Blade Runner*, *Una mirada a la oscuridad*, *Desafío total* o *Minority Report*) y la televisión (*El hombre en el castillo* o *Electric Dreams*) son apenas la punta del iceberg de la ficción dickiana entendida en un sentido amplio. Tenemos novelas dickianas tan solventes como la ya citada *La rueda del cielo*, de Ursula K. Le Guin, o *Mundo simulado*, de **Daniel F. Galouye** (en la que se basó la película *Nivel 13*). Por supuesto, no hay que olvidarse de las películas que, sin adaptar la obra de Dick ni inspirarse en sus tropos habituales, tienen un aire inequívoco a Philip K. Dick, desde *Abre los ojos* y *Matrix* hasta *Origen* y *Dark City*, pasando por *eXistenZ*, *Olvidate de mí* o *Código fuente*. Dick puede ser objeto de conversaciones casuales (como el monólogo de **Steven Soderbergh** en *Waking Life* de **Richard Linklater**), homenajes indisimulados (*El show de Truman* le debe mucho a *Tiempo desarticulado*) o incluso delirios contados en una clave muy similar a la de los escritos de Dick (véanse la toma de conciencia de la esquizofrenia de **John Nash** en la oscarizada *Una mente maravillosa* de **Ron Howard**, la disociación entre el narrador y **Tyler Durden** en *El Club de la Lucha* de **Chuck Palahniuk/David Fincher** o el engaño colosal que sufren durante años los protagonistas de la *Underground* de **Emir Kusturica**). Todos estos ejemplos son indicativos de que lo dickiano se ha adueñado no sólo de la cultura popular, sino también de la vida real: no hay nada más dickiano que las *fake news* y el *deep fake*. Por retomar la referencia a los mal llamados *Dick menores*, parece como si viviéramos en el ambiente de paranoia y manipulación de *La penúltima verdad*. Dick, convertido en un dios de justicia, nos vigila con sus ojos metálicos. Dick nos sueña desde su cápsula de semivida. Dick es nuestra única realidad. El Imperio nunca tuvo fin.



el espacio

A QUEMARROPA

Por Jesús Palacios

Cuando ayer comenzaron las actividades del Espacio AQ, estábamos aún lejos de saber que al final de la jornada, nuestras vidas habrían cambiado para siempre, tras descubrir que la historia no existe. O sí. O qué sé yo. El caso es que empezamos suavemente con **Alejandro Gallo** presentando, con su estilo severo y profesional,

nariz a su barman favorito. Y eso no, no señor, eso no se hace. Invocando con amor y con humor los nombres de clásicos como **Hammett, Chandler, Chester Himes, Donald Westlake** y, sobre todo, **Jim Thompson**, pero también los de **Juan Madrid** o **Carlos Pérez Merinero** y los de americanos sucios y tristonos como **Bukowski** y

minal, a veces a cuatro manos en colaboración con **Pablo Bonell Goytisoló**, como al histórico, quien acaba de publicar *La epidemia de la primavera* (Suma), una seria y documentada a la par que apasionante novela que recrea tanto el horror de las trincheras durante la primera guerra mundial —favoritas del gran **Tardi**— como la subsiguiente epidemia de gripe española, que causaría aún más muertes, así como la Barcelona de las primeras manifestaciones femeninas —que no *feministas*, como apuntó sutilmente para no confundir términos ni épocas—, y protagonizada por «personajes atropellados por la historia». Introducida y alabada por Alfonso Mateo-Sagasta, a su vez novelista histórico de reconocido prestigio, Empar Fernández remarcó que le gusta alternar géneros, para evitar caer en la repetición de clichés que a veces malogra la novela negra.

Y es que ayer la realidad más oscura le ganó el pulso a la ficción, y tanto la novela histórica como el reportaje periodístico de calado literario y humano fueron los verdaderos protagonistas. Así, a eso de las siete y media, el televisivo periodista de investigación y crónica negra **Alfonso Egea** presentó su libro *29 balas y una nota de amor* (Alreves), dentro de la colección «Sin ficción», dirigida por su colega y amiga **Marta Robles** y dedicada al siempre espinoso pero inevitablemente atractivo género del crimen real —o *true crime* que dicen los anglos—. Recreación periodística de un caso singular, que a día de hoy se encuentra todavía pendiente de juicio y cuyos protagonistas fueran ni más ni menos que una pareja de policías asesinos, ella toda una auténtica *femme fatale* con todo un historial de chantaje sexual, asesinato y turbiedades varias a sus espaldas, que creyeron poder burlar a sus propios colegas y hoy se enfrentan a un, según el periodista, casi, casi seguro futuro en prisión. Naturalmente, la cuestión del periodismo que interfiere o puede interferir con la propia justicia en estos casos sin con-



Marifé Antuña y Alfonso Egea.

cluir todavía, como señaló la presentadora **Marifé Antuña**, acabó llevando a la peliaguda cuestión de los juicios paralelos televisivos y el papel del sensacionalismo en los fallos judiciales, y finalmente provocó un momento de verdadera tensión, digno de **John Grisham** o **Perry Mason**, cuando una de las asistentes entre el público acusó prácticamente a Egea y a los medios de comunicación de influir en resultados como los del polémico juicio de Alsasua. La tensión se mascaba en el ambiente... Por fortuna, todo acabó educadamente, aunque de forma insatisfactoria para ambas partes, cambiando de tercio la conversación. En el aire quedaron la cuestión de si se están rebasando los límites legales y morales permisibles en el periodismo televisivo —y no sólo en el de sucesos— o la del papel del jurado popular en los tribunales, que Egea defendió pese a reconocer que es altamente influenciable emocionalmente. Saltamos ahora hasta las 20:30 para seguir profundizando en el género periodístico más negro, aunque lo sea a menudo a su pesar, pues la presentación programada en principio para la Carpa del Encuentro de *En el corredor de la muerte* (Espasa), del periodista coruñés **Nacho Carretero**, bien conocido por su escandaloso *Fariña*, acabó trasladándose a nuestro Espacio AQ, quizá para que el debate sobre los límites, deberes y derechos del periodismo de investigación siguiera debatiéndose precisamente así: a quemarropa. El veterano **Carles Quilez** fue maestro de ceremonias más que adecuado, dando paso al apasionado y apasionante resumen que de su libro hiciera el autor, contando la historia escalofriante de **Pablo Ibar**, el español acusado de triple asesinato en el estado de Florida, que lleva desde 1994 internado en prisión y que hasta hace apenas un año se encontraba en el siniestro corredor de la muerte... Todo ello en base a pruebas circunstanciales, a un procedimiento judicial lleno de irregularidades y, como si de un personaje de

Hitchcock se tratara, a una sucesión de nefastas casualidades y mala suerte. Si en el caso de la presentación de Alfonso Egea el periodismo de investigación se vio cuestionado moral y legalmente, aquí, por el contrario, quedó claro también su papel necesario y relevante para la búsqueda de la verdad. Todo un drama periodístico judicial al que asistimos con el alma en vilo y que dejó más interrogantes que respuestas.

Entre medias, el escritor y doctor en filosofía e historia por la Universidad de Cádiz **Jesús Maeso de la Torre** amenizó parte de la tarde, junto a su colega **Fermín Goñi**, con la presentación de su más reciente novela histórica: *Comanche* (Ediciones B), con la que no sólo narra con brío la aventura épica de los tres mil soldados de caballería al servicio de la Corona Española que vigilaban y guardaban la paz en la Frontera de Nuevo México a mediados del siglo XVIII, en lucha encarnizada contra los rebeldes, salvajes y crueles comanches, epopeya propia de un *western* que la mayoría de los españoles ignoramos (como tantas otras), sino que también reivindica el papel de España en la historia de Estados Unidos y del mundo como fuerza civilizadora, más allá de los tópicos de la Leyenda Negra. A uno, fiel lector de El Coyote y Manos Kelly desde su juventud, se le saltaron las lágrimas escuchando hablar a Maeso de personajes como **Fray Junípero Serra** o **Bernardo de Gálvez**, y sólo puedo desear que algún productor de cine —a ser posible de Hollywood, claro— lea la novela y le dé por adaptarla a la gran pantalla... O convertirla en serie, que es lo que se lleva.

A partir de aquí, la historia, antigua o reciente, con sus tragedias y paradojas es la protagonista, pues la jornada se precipitó hacia el fin de la tarde con la magnífica presentación del libro *Yo pude salvar a Lorca* (Destino), del periodista y escritor barcelonés **Víctor Amela**, presentado por el siempre erudito **Miguel Barrero**. Amela nos sobrecogió con la poética, lírica y emotiva recreación de un pasado familiar, la vida de su abuelo, que se conecta con la historia y tragedia de **García Lorca** y con la de la ciudad de Granada durante la guerra civil, evocado todo con verbo luminoso, genuina emoción y ánimo conciliador, que hizo estallar en aplausos al numeroso público asistente. Enlazando historias con historia, el día más largo en el Espacio AQ concluyó con una mesa redonda a la que, moderados por **Andrés González Arias**, se sentaron novelistas históricos e historiadores noveleros como **Fermín Goñi**, **Ignacio Martínez de Pisón**, **Jesús Maeso de la Torre** y **Empar Fernández**, que ya pasaran por allí antes en su mayoría, y quienes se preguntaban si *¿es la Historia el centro de la batalla ideológica?*... A lo que contestaron que, en realidad, es la batalla ideológica el centro de la historia. En el supuesto, claro, de que algo llamado historia exista.



Alejandro Gallo y Julia Navas Moreno.

amén de eficaz, a la avilesina **Julia Navas Moreno**, que traía con ella su nuevo libro *¿Qué hay en una habitación vacía?* (Canalla ediciones), cuyo título deriva de un poema de **Juan Vicente Piqueras**, y que cuenta las vicisitudes de Carlos, un hombre que bordea la crisis de los cuarenta, cuya vida se complica en torno a otros personajes como el manipulador **Pablo Cuesta** o la intrépida Valentina, a lo largo de una historia que juega con el género negro sin entrar del todo en él, desarrollada en distintos escenarios y donde las casualidades y el destino ponen a prueba a sus protagonistas. Destacable también la portada del libro, de **Oscar Mariné**, recordado por su cartel para la película de **Almodóvar** *Todo sobre mi madre*, que liga de alguna forma la novela al espíritu de los años noventa. Y después de la calma llegó la tempestad con el siempre hiperbólico, excesivo y barroco **Luis Artigue**, quien anunció ya de partida que íbamos a presenciar la presentación más excéntrica y extravagante de la Semana Negra, ante la mirada atónita de su impasible acompañante, **Paco Gómez Escribano**, quien amén de ingeniero técnico industrial es poeta, rockero y escritor de novela negra, como bien evidencian el libro presentado para la ocasión, *Prohibido fijar carteles* (Milenio), nueva entrega de su serie centrada en la (mala) vida del madrileño barrio de Canillejas, donde esta vez sus habituales personajes, perdedores y supervivientes natos en los márgenes de la sociedad, tendrán que vérselas con un cartel de rumanos que pretende monopolizar las actividades criminales del vecindario, tras partirle la

Raymond Carver, Escribano y Artigue alabaron el sentimiento de amistad y comunidad entre canallas, el espíritu de barrio y la ética del perdedor profesional, aunque el autor tuviera que confesar finalmente que, en un mal paso, se había apartado del buen camino, y en lugar de convertirse en yonqui, atracador de bancos o camello, acabó siendo un chico estudioso y de provecho. Nadie es perfecto.

Tras la novela negra llegó la historia negra, que poco a poco se adueña de la tarde, con **Empar Fernández**, profesora de historia contemporánea que complementa su labor docente con la literatura —¿o será al revés?— dándole bola tanto al género negro-cri-



Nacho Carretero y Carles Quilez.



Ayuntamiento
de Gijón



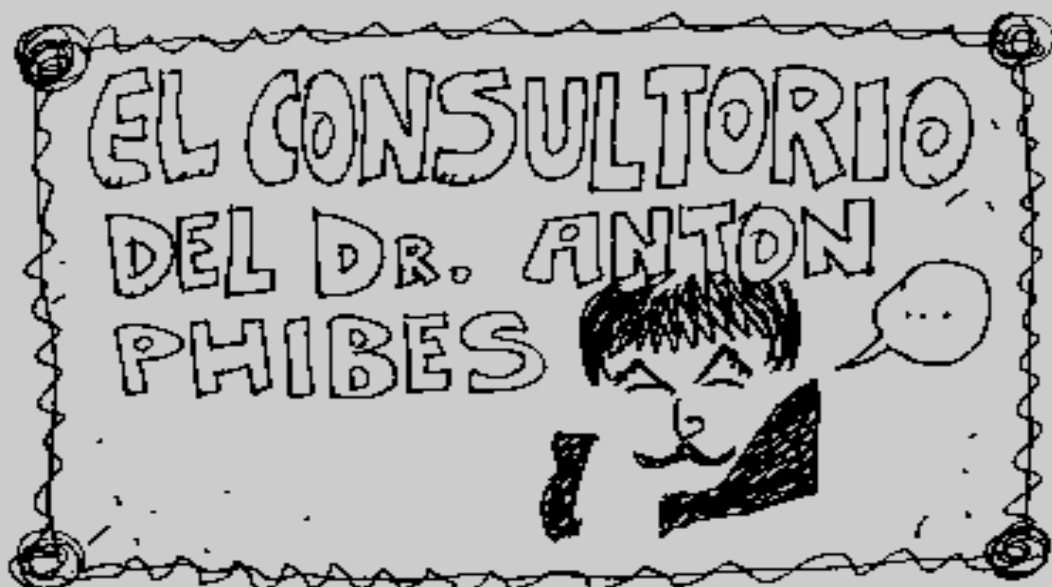
GOBIERNO DEL
PRINCIPADO DE ASTURIAS
CONSEJERÍA DE EDUCACIÓN
Y CULTURA



AC/E
ACCIÓN CULTURAL
ESPAÑOLA



Universidad de Oviedo
Universidá d'Uviéu
University of Oviedo



Sección coordinada por Jesús Palacios *Una semana de bondades*

Querido Agrafo:

No me sorprende lo más mínimo su queja, tan habitual en este país, acerca del coste desorbitado de los libros y sobre cómo demonios se va a crear afición alguna a la lectura cuando los sueldos no dejan de bajar y sus precios de

subir. Pero le advierto que ha venido usted a dar en hueso, y además a protestar en el lugar menos adecuado. Hay que ser un zote y un garullo para no salir de la Semana Negra cargado de lecturas a precio no ya de saldo, sino de regalo. Durante estos días, y en los escasos mo-

mentos libres que me deja el consultorio, aprovecho para merodear por los puestos de libros semaneros, donde he hecho acopio ya de los siguientes volúmenes, cuyo precio de coste le anoto adjunto, para su vergüenza, y que paso a enumerar agrupados por géneros y estilos:

Novela negra y policial: *Maleficios* (Plaza y Janés), del tándem mítico francés **Boileau-Narcejac** (*Vértigo*, *Las diabólicas* y, como estas, llevada también a la pantalla), 1€; *El hombre de nieve* (Akal), de **Jörg Fauser**, la novela negra alemana por excelencia, convertida por supuesto en película, 1€; *Tarántula*, de **Thierry Jonquet**, obra maestra que sirviera de base al film de **Almodóvar** *La piel que habito*, y *Volver al redil*, del padre fundador del neopolar, **J. P. Manchette**, que protagonizara en pantalla **Alain Delon**, dos joyas del *noir* francés publicadas en la histórica colección Etiqueta Negra de Júcar, 1.95€ cada una.

Ensayo varío: *Astures* (Gea), volumen de la Gran Enciclopedia Asturiana profusamente ilustrado, 1€; *Mito, ritual y costumbre, ensayos heterodoxos* (Siglo XXI) de **Arthur H. Hocart**, uno de los fundadores de la antropología moderna, 2€; y *Jean Renoir* (Artiach), ensayo biofilmográfico sobre el gran director francés, escrito ni más ni menos que por **André Bazin**, indispensable teórico e historiador del cine, co-fundador de la original *Cahiers du cinema*, 2€.

Literatura fantástica (más o menos): *La doncella de hielo* (Júcar) de **Marc Behm**, desopilante y sicalpica novela de vampiros urbanos por un clásico moderno de la novela negra y de *exploitation*, que fuera compadre del mismísimo **Paco Taibo II**, 2€; y *Milton en América* (Edhasa), fantasía histórica y culterana del británico **Peter Ackroyd**, en tapa dura y hasta con el retractilado original, 1€.

Todo esto *grosso modo*, sin mentarle, claro, los libros firmados por sus autores, muchos de ellos imposibles de adquirir tras su paso por la SN, debido a su origen de ultramar, como *La increíble y triste historia de la cándida historieta y la industria desalmada* del comiquero mexicano por excelencia, **Luis Gantús**; o exquisitamente dedicados con ilustración original *ad hoc*, como el *Yo, loco* (Norma) de **Antonio Altarriba** y el genial **Keko**. Pero claro, estos tienen precios desorbitados, como 15 o 20€, algo así como el menú del día que se zampa usted cualquier domingo, o las tres copas que se mete entre pecho y espalda cuando sale de picos pardos. Ahora, eso ya no nos parece tan caro. Disculpe señor Agrafo, pero puede usted coger sus quejas y metérselas por... O, mejor aún: puede usted coger sus quejas y escribir un libro, autopublicarlo por *crowdfunding* y protestar después porque no vende. Y es que, claro, nadie lee en este país de mierda.

Adieu, Monsieur.

La penúltima de Teobaldo

No me lo prohíbas, por favor

Sobre el remedo de cuadro de **Rafael Sanzio de Urbino** un personaje parece exhibir el cartel de «prohibido fumar» y otro le hace una seña de impaciencia; Epicuro, en la parte inferior, les da la espalda, indiferente. Usamos demasiado ese verbo. Hay en la semana una atracción para niños con dibujos multicolores de Peppa Pig, Bob Esponja y una figura gigantesca de Mario, que amenaza con engullir niños. En la taquilla advierten: «Prohibido subir con gafas». Hombre, prohibido... En todo caso, recomiendo entrar sin ellas, no agrade usted a los niños.

Ahora es más común que los pequeños lleven anteojos, pero antaño no tanto, o sea que a los que

nos tocó la china, además de no saber rematar bien de cabeza en el fútbol, teníamos que aguantar las bromitas del resto de la clase. «Gafitas, cuatro ojos, capitán de los piojos». Aprendías a defenderte rápidamente, y contraatacabas señalando al gordo que saltaba mal el potro o a la niña de dientes saltones. Infancia tierna y cruel.

Veo en la televisión a un senegalés quejándose de que les prohíben la venta callejera. Me disgusta cómo tratamos, en general, a estas pobres gentes que acuden a nuestras ciudades a ganarse los garbanzos para la familia; aunque me molesta mucho más oír en una tertulia de personas cultas una conversación en catalán donde murmuran del *negrata*.

Paco Gómez Escribano ha publicado «Prohibido fijar carteles». Escucho atentamente la presentación que le hace **Luis Escribano**: explica que es retrato de su Barrio. Lo escribo con mayúscula, porque quienes tenemos esa procedencia nos enorgullecemos de ella: aprendimos la vida en esas calles vivas, llenas de gentes de aluvión. Luego me entero de que el título es un juego de palabras: el contenido no habla de *carteles*, sino de *carteles* (espero que el geniecillo de la lino tipia no me lie las tildes)

El amigo **Zapi**, de Comisiones Obreras, me presenta a **Nicolás Sartorius**, que nos ha contado de qué modo nos intentan engañar con el lenguaje. A veces hasta nos

lo creemos, como cuando nos llaman *clase media*. ¡Qué risa! Luego no podemos pagar la hipoteca y pasamos a ser menos que pobres. Pobres de los de pedir, que decía la Abuelita Paz en el *DDT*. Por las redes se difunden mentiras a porrillo, pero eso no debe llevarnos a prohibirlas. Le solicito que me ayude a completar esta columna sobre el verbo *prohibir*. En un primer momento no se le ocurre nada, pero es salir a cenar por la ciudad y enviarme el mensaje de voz: «¡En Gijón prohíben escanciar sidra!». Y más cosas, señor mío. A ver qué tal nos sale la nueva corporación municipal...

Teobaldo Antuña

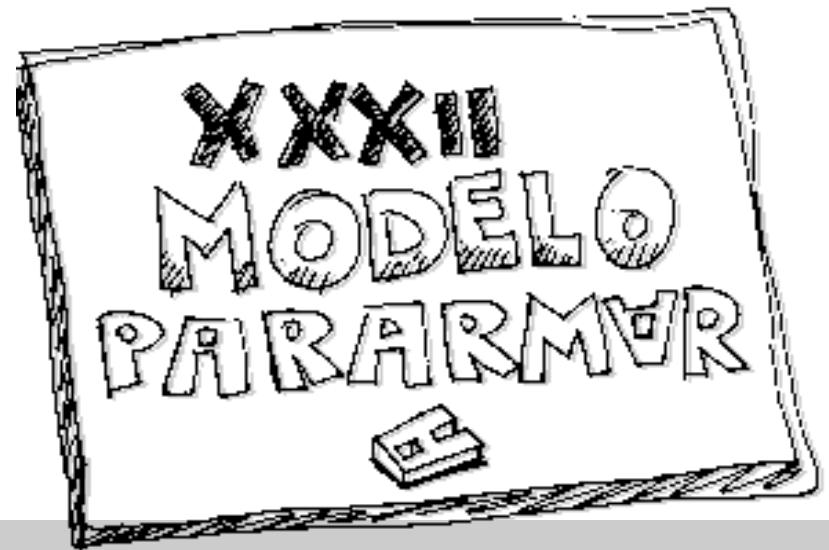


PROGRAMA

viernes 12

- 11.00** Inicio de la distribución gratuita del número 8 de *A Quemarropa*.
- 12.30** (Hotel Don Manuel) Lectura del fallo de los jurados de los premios **Hammett, Rodolfo Walsh, Memorial Silverio Cañada, Celsius 232, Espartaco**.
- 17.00** Apertura del recinto de la Semana Negra. Feria del Libro. Mercadillo interétnico. Terrazas. Atracciones de feria.
Apertura de exposiciones:
— *Back to black*. Víctor Santos (Carpa de Exposiciones).
— *#404 Comunicación popular* (Carpa del Encuentro).
- 18.00** (Carpa del Encuentro) Presentación: *Sobre personas y monstruos* de **María José Garrido**. Con Alejandro Gallo.
- 18.00** (Espacio A Quemarropa) Presentación: *Morirse en Bilbao y Con los puños pegados al dorso* de **Kike Infame**. Con Roberto Noya y Nacho S. Álvarez.
- 18.00** (Carpa de La Palabra) Cuentacuentos. Con Merche Medina.
- 18.30** (CdE) Presentación: *La mala suerte* de **Marta Robles**. Con Ángel de la Calle.
- 18.30** (EAQ) Presentación: *Justo* de **Carlos Bassas del Rey**. Con Noemí Sabugal.
- 18.30** (CdLP) *Como perro que aulla* de **Eduardo Goldman**. Con Miguel Barrero.
- 19.00** (CdE) Mesa redonda: *¿Philip K. Dick, homenaje o debate?* Con **Ángel Sucasas, Rosa Montero, Rodolfo Martínez y Julio César iglesias**. Modera Ángel de la Calle.
- 19.00** (EAQ) Presentación: *Esa maldita pared* de **Flako**. Con Carlos Quílez.
- 19.00** (CdLP) Aula SN. Charla: *Prototipos de género en la literatura infantil y juvenil* por **Lucía Rodríguez Olay**. Con Beatriz Rato. Colabora el Vicerrectorado de Extensión Universitaria y Proyección Internacional de la Universidad de Oviedo.
- 19.30** (EAQ) Mesa redonda: *Federico García Lorca en la literatura hoy*. Con **Víctor Amela, Enrique Llamas, Alfonso Mateo-Sagasta, Fermín Goñi y Cristina Higuera**. Conduce Miguel Barrero.
- 20.00** (CdE) Mesa redonda: *Niños desaparecidos*. Con **Neus Roig, Juan Carlos Payo y José Manuel Paredes** de Amnistía Internacional, y **Silvia Climent** de El Observatorio de la desaparición de menores. Conduce Marta Robles.
- 20.00** (CdLP) Mesa redonda: *La autobiografía en el cómic*. Con **Norman Fernández, Óscar Iglesias y Kike Infame**.
- 20.30** (EAQ) Presentación: *Cuentos de Panamá. Antología de literatura contemporánea panameña*. Presenta Juan Bolea.
- 21.00** (CdE) **Entrega de Premios** con la presencia de finalistas y ganadores de los premios, **Hammett, Memorial Silverio Cañada, Rodolfo Walsh, Espartaco y Celsius**. Conducen Beatriz Rato y Ángel de la Calle.
- 21.30** (CdLP) Mesa redonda: *Otra prisión es posible*. Con **Faustino García Zapico, María Pinto García, Eva Iglesias Llana, Jesús Ortega Fernández, Celia Fernández**. Conduce María Fernández Álvarez.
- 22.15** (CdE) Fotoperiodismo.
Mesa redonda: La uberización, cuando la precariedad es la norma.
Velada audiovisual: reportajes audiovisuales y videos de fotoperiodismo sobre uberización.
- 22.30** Concierto en el escenario central:

Concierto San Miguel: BIGOTT



EL DIRECTOR DE AQ RECOMIENDA

No acababa de saber yo hoy cómo diablos rellenar esta columna (a medida que la Semana avanza, a quienes escribimos diariamente este *peridiquín* se nos va como churruscando el caletre: si se acercan a nosotros, probablemente escuchen un chisporroteo como de chorizos criollos crepitando sobre las brasas de una de las muchas parrillas del ferial) cuando, *oh, miracolo, miracolo*, meterme la mano en el bolsillo trasero de un pantalón vaquero que me puse hoy y no me había puesto en varios días vino a resolverme mágicamente el entuerto. Encontré un papel que me había dado el primer día de la Semana nuestra **Lourdes Pérez** «por si os interesa —me había dicho— para el *A Quemarropa*». Y en él, una cita en francés de **Bernard Henri-Levy** en la que se viene a explicar el cuadro cuya reproducción de grandes dimensiones pende este año de la Carpa del Encuentro, y que —puesto que tal vez se hayan fijado en él con curiosidad, porque a diferencia de los escogidos en años anteriores no es una pintura conocida— quizás les interese. Yo, poliglota como buen *millennial* en este mundo en el que si uno no cursa tres o cuatro másteres y domina una porción similar de idiomas no es nadie, se lo traduzco con gusto:

«Esta pintura [de **Gilles Aillaud, Eduardo Arroyo, Francis Biras, Lucio Fanti, Fabio Rieti y Nicky Rieti**] es una leyenda. Presentada en 1969 en París, en el Salón de la Pintura Joven, y luego, al año siguiente, en Karlsruhe, en la gran exposición “La política en el arte”, había desaparecido después sin dejar ningún rastro, perdida quizás o destruida, nadie lo sabía exactamente, hasta que uno de sus autores, **Eduardo Arroyo**, me dijo una buena mañana: “¿*La dacha*? ¡Pero si está en mi casa! Es toda para ti; la clandestinidad ya ha durado lo suficiente”. La obra, en mi memoria, era más pequeña y también menos bella. Y sobre todo, estaba dirigida contra uno de sus personajes, **Louis Althusser**, de quien nos burlábamos en la época, sin medir la dimensión de su locura secreta, de la indecisión política y filosófica, un pie en los *maos* y la otra en los *cocos*, incapaz de escoger entre el barril de **Sartre** y la calle de Ulm, el Comité Central y los estructuralistas. Pero ahora que lo veo, está menos claro. Porque el autor de *La revolución teórica de Marx* permanece en el umbral, es cierto, pero ¿el umbral de qué, después de todo? ¿Era tan gloriosa, una dacha? ¿No era aquél, en aquella época, el nombre común de las residencias de verano de aquellos espantosos bastardos que eran los jefes soviéticos? Y ese **Lévi-Strauss** gran señor, ese **Lacan** con pajarita, ese **Foucault** acariciándose el cráneo en signo de interminable e inútil meditación, ese **Barthes** camarero ofreciendo a los otros una bandeja de pastas, ¿no son por lo menos igual de ridículos y desfasados, no se los condena tanto como a ese Althusser fantasmático, surgido de la noche y aprestándose a volver a ella? El cuadro, en realidad, es una carga contra los cinco. Mete a todas las grandes mentes del momento en el mismo saco de un pensamiento desgajado del mundo, pusilánime, timorato. ¿Antiintelectualismo, entonces? ¿Odio al pensamiento y a los pensadores? No. Cólera. Furor contra la inteligencia para nada y su declamatoria inutilidad. Jóvenes y magníficas gentes llamando a nuestros mandarines, a los de ayer y a los de hoy, al orden del auténtico pensamiento y sus riesgos».



PROGRAMA ALTERNATIVO

Kamtxaka

19:00 h. Bingo solidario.

Organiza: La Güestia Roller Derby.

Carpa de Cimata Live

18:00 h. Charla participativa: *Pensar Tabacalera*.

21:00 h. Presentación: *Cuervo Zine N3*.

00:00 h. Conciertos: **Death Mariachis; Gatos de Chernobyl; Raven So.**